

A romantic scene from a historical novel. A woman in a yellow gown is seated, and a shirtless man in a white shirt is leaning towards her, holding her hands. The background is a warm, golden-yellow color with a patterned border at the bottom.

~ ~

KATHARINE
ASHE

~ ~

Cómo casarse con un granuja



Cómo casarse con un granuja

KATHARINE ASHE

Falcon Club 03

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo y María del
Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición: marzo 2014

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

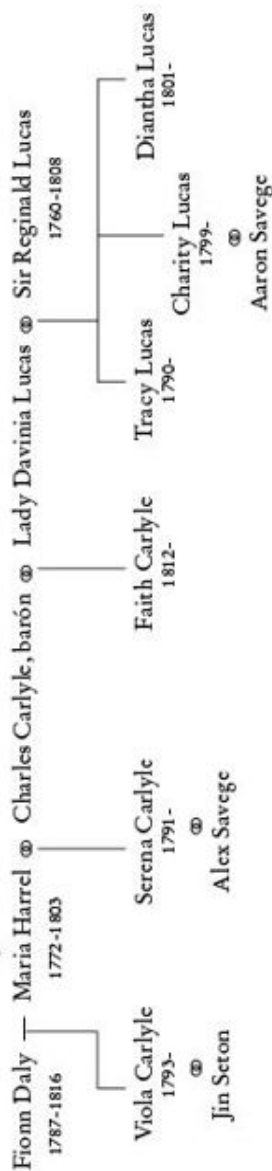
DL B. 5.793-2014

M/H L@S 2014 D

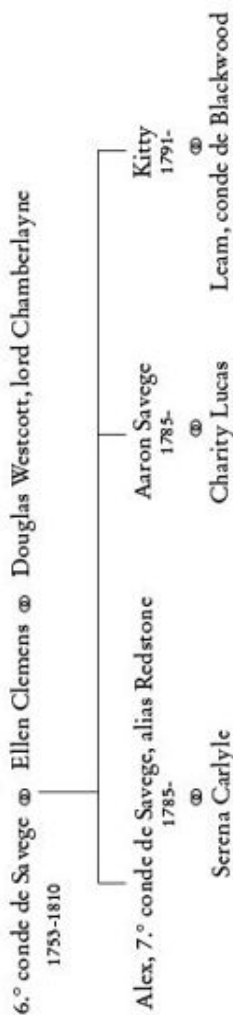
ISBN DIGITAL: 978-84-9019-352-5

Para Idaho y Atlas, mis fieles compañeros de escritura que me calientan los pies y se acuestan felices y contentos al solecito que entra por la ventana de mi despacho, como si eso fuera lo único que necesitaran en la vida. Para ellos, porque me hacen jugar aunque tontamente piense que debería estar trabajando. Y porque todos los días me recuerdan que el amor puede ser incondicional. Gracias por convertirme en un ser humano mejor.

Familia Carlyle-Lucas



Familia Savege



1

Queridos compatriotas británicos:

¡Menudo escándalo!

Me paso las noches en vela con el corazón desbochado, sin aliento, y llorando por el saqueo al que es sometida Gran Bretaña. Mi alma llora y mi frágil constitución femenina se estremece al saber que la Élite de la Sociedad, admirada por todos, está robando a nuestro reino para financiar sus tejemanejes.

¡Un robo en toda regla!

Llevo tres años indagando sobre la identidad de los miembros del escurridizo Club Falcon, una institución lúdica para caballeros que recibe regularmente fondos del erario público sin pasar por el Parlamento tal como establece la ley. Hoy os anuncio el mayor logro de mi cruzada hasta la fecha: he descubierto la identidad de uno de sus miembros. He contratado a un asistente para que siga a este hombre y descubra sus actividades. Cuando tenga en mi poder informes fiables, los mostraré.

Hasta entonces, si está leyendo esta misiva, señor Peregrino, secretario del Club Falcon, sepa que estoy deseando que algún día nos encontremos cara a cara para poder decirle exactamente la opinión que usted me merece.

Lady Justice

*A la atención de lady Justice
Brittle & Sons, editores
Londres*

Mi querida señora:

Me deja usted casi sin aliento (como supongo que le sucede a las tres cuartas partes de la población masculina londinense) al imaginarla acostada en su lecho, rebo-sante de emoción y con los labios trémulos. Su devoción me conmueve. Y, cual mástil que se alza orgulloso con las velas desplegadas, me siento henchido por la emoción de saber que ansía conocerme.

Aunque tal vez no haya descubierto a un simple miembro del club. Tal vez haya descubierto usted mi propia identidad. Tal vez no me vea obligado a esperar mucho tiempo para conocerla. Tal vez mis fantasías nocturnas se conviertan pronto en realidad. O eso espero.

Su cada vez más ferviente admirador,

Peregrino
Secretario del Club Falcon

Peregrino:

Envía a Cuervo en busca de *Lady Priscilla*.

El Director

Señor:

Voy a serle franco. Está cometiendo un error. No hay en Inglaterra un hombre más inteligente ni más perspicaz. Enviaré a Cuervo tras la bestia y obedecerá sin rechis-

tar. Pero tenga por seguro que lo habrá perdido después de este insulto.

Con todos mis respetos,

Peregrino

2

«Tengo... que... llegar... al... establo.»

En algún lugar, en una estancia de la planta alta, una muchacha gritó.

No una muchacha. Una mujer. Un grito ronco, ebrio, un grito de placer. El grito de la muchacha estaba solo en su cabeza. Como siempre.

«Llegar al establo. Rescatar a la dama.»

Wyn abrió los ojos. La sala comenzó a dar vueltas. Pero él seguía de pie. En un rincón, contra la pared. Fuera como fuese, seguía de pie. En una situación muchísimo mejor que la de su anfitrión, que estaba inconsciente en el vano de la puerta, con una botella en una mano y el tobillo desnudo de una mujer en la otra. El resto del cuerpo de la mujer se encontraba ya en el pasillo, y padecía la misma indisposición.

Wyn recorrió la estancia con la mirada, que estaba llena de copas y de humo. Una corbata arrugada adornaba una estantería, y unas medias de mujer, abandonadas, reposaban sobre los brazos de un sillón en una pose muy sugerente e intencionada. Un taco de billar roto sobresalía de la pantalla de una lámpara, y las colillas de numerosos cigarrillos habían agujereado la alfombra.

Volvió a cerrar los ojos con fuerza.

—¿Nos divertimos ya?

A continuación, sintió la quemazón en su estómago.

Ah. Ni un minuto consciente antes de que comenzara la tortura. Su némesis más fiel se había vuelto muy insistente de un tiempo a esa parte. No recordaba haber comido desde que llegara a la fiesta campestre tres días antes. La comida calmaba la tortura de su estómago. Pero no tenía tiempo para eso. Ya llevaba en ese lugar demasiado tiempo. Si los demás se encontraban en el mismo estado que su anfitrión, debía marcharse sin dilación.

—A las carreras, pues. —Clavó la mirada en la puerta y se alejó de la pared.

—¿Qué has dicho, Yale?

¿Había hablado en voz alta? Por el amor de Dios.

Con tiento, con muchísimo tiento, desvió la mirada hacia la voz. Jamás se apresuraba. Apresurarse conducía a cometer errores. Wyn Yale, agente del Club Falcon y consumado caballero desde la punta de sus relucientes botas hasta su bien anudada corbata, jamás cometía errores. Nunca se caía. Nunca tropezaba. Nunca revelaba algo, ni siquiera cuando era incapaz de articular los sonidos necesarios para pronunciar su nombre. En ese caso, se mantenía en silencio.

El orgullo no alimentaba su perfección. Su padre y sus hermanos mayores solían criticar su orgullo. No tenían la menor idea.

Sin embargo, al parecer acababa de hablar cuando no había sido su intención. Estaba, tal vez, perdiendo el control. Una pena. Al fin y al cabo, la precisión racional era lo único que le quedaba, además de, cómo no, la dichosa bola de fuego que vivía en su estómago.

—¿Qué carreras?

El otro invitado estaba tendido en el diván, sin la compañía de una mujer en ese momento, tal vez debido al chaleco empapado de vino que llevaba.

«Regla número tres: Las damas esperan que un caballero siempre mantenga la compostura. Incluso las cortesanas.»

La tía abuela de Wyn había insistido en ese hecho.

—¿Quién corre? —preguntó el caballero borracho con dificultad—. Apostaría diez guineas por ti antes que por cualquier otro. Eres muy listo, hijo de...

—No hay carrera. —Con pasos bien medidos, Wyn se acercó al aparador y sirvió una copa de vino. Parpadeó con fuerza para centrarse, dio media vuelta y se acercó al tipo con la copa, tras lo cual lo obligó a cerrar la mano alrededor del cristal. Calidez. Carne y piel humanas. Qué raro que se percatara de ese hecho. Claro que había pasado una eternidad desde la última vez que sintió la piel humana, desde la última vez que tocó a otra persona—. Solo voy a ocuparme de mi caballo.

El tipo le dio un buen sorbo y el vino le cayó por la comisura de los labios.

—Es un animal precioso. ¿Lo vendes?

—No. —Wyn contaba con otro fiel compañero además de la quemazón de su estómago: el lustroso purasangre negro que lo esperaba en el establo se merecía a alguien muchísimo mejor que él.

El hombre agitó una mano, desentendiéndose de la negativa con la alegre despreocupación etílica que Wyn llevaba años sin experimentar. En su caso, no había alegría, no.

—Da igual. Mi mujer me despellejaría si me gastara tanto dinero.

—Muchísimo mejor gastar en vino y en putas, claro —murmuró Wyn, que volvió a clavar la vista en la puerta. Se tambaleó hacia un lado y después hacia el otro.

—No sabía que tenías tanto.

—Últimamente no, amigo mío. —Claro que había comprado a *Galahad* hacía cinco años, antes de quedarse seco.

El hombre le dio otro sorbo a la copa y se durmió entre ronquidos. Wyn pasó por encima de los cuerpos tendidos en el vano de la puerta y salió al pasillo. En el armario del mayordomo, buscó su gabán. ¿Había llevado gabán? ¿Qué mes era? Septiembre.

Cogió su gabán, que colgaba de un gancho. Mejor asegurarse de que era el suyo. Buscó en el bolsillo interior el único objeto que sospechaba que solo él llevaría a una bacanal campestre. Sus dedos se cerraron alrededor de la funda del cuchillo. La pistola, por supuesto, seguía en sus alforjas. No hacía falta un arma de fuego en semejante reunión amistosa de truhanes. La había llevado consigo para el camino, y porque no llevarla lo convertiría en un imbécil.

Pese a todos sus pecados, no era un imbécil. Ni siquiera era un poco tonto.

Salió de la casa y se alejó de los hombres y de las mujeres encerrados dentro, sumidos en una orgía que todos disfrutaban porque no conocían otra cosa más satisfactoria, y atravesó el embarrado camino. El interior del establo estaba lleno de paja húmeda y del cálido olor de los caballos. *Galahad* se encontraba en su propia cuadra porque se lo merecía, no porque no aceptara tener compañía: el purasangre estaba castrado, al igual que su amo en esa reunión... aunque temporalmente. Nada de mujeres mientras trabajaba. Nada de beber tampoco. Sin embargo, esa misión lo había requerido. De ahí que el caballo tuviera cuatro ojos en ese momento. Y cuatro orificios nasales y cuatro orejas.

Wyn extendió las manos hacia los dos hocicos de *Galahad*, cada uno de satén negro marcado con una llama. Se aferró a ambos lados de la cara del animal y las dos ca-

bezas se convirtieron en una. Como era una criatura muy tranquila, *Galahad* no protestó.

—¿Soportas su compañía, amigo mío? —Regó el manto del animal con su aliento, que apestaba a brandi—. Después de todo, es muy guapa.

Galahad lo miró con sus ojos de color marrón y le dio un golpecito en el pecho con el hocico.

—Harás lo que se te pida. Menuda pareja hacemos. —Cerró los ojos—. Pero pronto haré algo que no me han pedido que haga. Después, te alejarán de mí. Se lo llevarán todo, pero... —Hizo una pausa y cuando continuó la voz le salió en un susurro—: Pero tú serás lo único que lamente perder. —Se quedó quieto un momento, mientras el suelo cubierto de paja se movía bajo sus pies. A continuación, se dispuso a ensillar y a embridar su caballo.

Con la bolsa de viaje colgada de la grupa, *Galahad* lo siguió a través del establo, pegado a sus talones, como un perro fiel. Se detuvieron delante de otra cuadra. El animal que había dentro relucía como una joya: el hocico afilado, los inteligentes ojos, la poderosa cruz y el sedoso manto pardo.

Wyn hizo una reverencia.

—Milady, su escolta ha llegado. —Abrió la puerta de la cuadra.

Lady Priscilla, un espécimen equino de lo mejorcito que se podía criar, salió sin protestar, porque aunque joven y briosa, era dócil. Sin duda alguna, dócilmente se fue con el anfitrión de Wyn después de que este se la ganara en una partida de cartas al marqués de McFee... de forma injusta, ya que pertenecía al tío de McFee, el duque de Yarmouth.

En ese momento, el duque quería a su yegua de vuelta. Y ¿quién mejor para hacer el trabajo que Wyn? La corona sabía que solo tenía que mover el meñique en señal

de que requería los servicios del señor Wyn Yale, el tercer hijo de un terrateniente galés con pocas tierras, menos sesos y nula fortuna, para que este se aprestara a cumplirlos. Y, por supuesto, lo hacía porque le gustaba. En realidad, le había gustado. De un tiempo a esa parte, seguía haciéndolo para poder permitirse los chalecos y el brandi.

Sin embargo, ese trabajo era distinto. No había accedido a realizar una tarea tan humillante para complacer al desconocido director del Club Falcon ni al rey. Ni siquiera por la bolsa llena de monedas que le pagarían. Había aceptado esa misión para vengar una muerte.

Una muerte por otra. Un pecado para borrar otro.

En esa ocasión, no obstante, no podría ocultarles la verdad a sus amigos: Leam Blackwood, Jin Seton, Constance Read y Colin Gray, antiguos miembros del Club Falcon y los mejores amigos que un hombre podía tener. En esa ocasión, se enterarían todos. En esa ocasión, todo el mundo se enteraría.

De la cálida tierra, se alzaba una neblina que se mezclaba con la llovizna. El cielo estaba encapotado y la llovizna pronto se convertiría en un chaparrón. La manta de la yegua la mantendría seca. Cogió una manta del guadarnés y se la colocó a *Galahad* sobre el lomo.

—Ahora sí nos vamos a las carreras, mira por dónde.

Echó a andar por el camino, entre la niebla, con una rienda en cada mano y seguido dócilmente por cientos de guineas en la piel de unos caballos. El plumizo día todavía era joven, y el camino que lo separaba del pueblo, donde podría encontrar una botella y el carruaje del servicio de correos de Su Majestad o un coche de postas, solo era de unos cuantos kilómetros. Cuando por fin llegara al castillo de Yarmouth dentro de dos días, volvería a estar seco y su atuendo volvería a ser exquisito. Allí, en mitad de la nada, con la única compañía de dos animales, por una vez no tenía que imitar siquiera la perfección. Al fin y al cabo, un